



Capítulo 316 - ¡¡¡No lo dejaré ir!!!

"Juro por todos los demonios, grandes y pequeños, que lo mataré cuando regrese", gruñó Katharina, paseándose de un lado a otro como una leona enjaulada. Sus dientes le mordisquearon la uña del pulgar con tanta fuerza que casi la rozaban. "¡A las cuatro! ¡A las cuatro! Dijo que iba a París. Usando teletransportación. TELETRANSPORTARSE, ADA. ¿Cuánto tarda eso? ¿Dos segundos y medio? ¿Tres con tránsito entre dimensiones?"

Ada, tumbada lánguidamente en el sofá con una almohada sobre el vientre, dejó escapar un suspiro que sonaba más a viento otoñal que a señal de preocupación.

A pesar de mi incomodidad... debo admitir que nuestro esposo nunca nos ha dado motivos para sospechar. Nos ama. De verdad. Nunca lo he visto mirar a otra mujer con deseo —dijo, girando el anillo en su dedo—. De hecho... son ellos los que siempre aparecen de la nada, como mosquitos en un verano infernal.



Katharina dejó de morderse la uña por un segundo... solo para alzar la voz. "¿Mosquitos? ¡Ay! ¿Has oído hablar de la Puta Celestial del Panteón Griego?", hizo un gesto dramático con los brazos, casi derribando un jarrón encantado.

¡Tiene sed de polla! Y nuestro marido... nuestro amado, delicioso, jugoso y vergonzosamente dotado marido tiene una polla digna de convertirse en un culto en dieciséis religiones. ¡Va a atacar!

Ada levantó una ceja, pero antes de que pudiera responder, el aire en la habitación cambió.



Un escalofrío agudo recorrió la espalda de Katharina. Se quedó paralizada. Sintió dos energías demoníacas con intenciones asesinas abalanzándose sobre ella con una intensidad tan aguda como una cuchilla en la garganta.

Una de ellas era Ada, quien, a pesar de su calma anterior, ahora tenía ojos que brillaban con un brillo asesino.

La otra... era Roxanne. Sentada con las piernas cruzadas en un sillón escarlata, comiendo un trozo de pastel de chocolate con fresas escandalosamente grande. Cada bocado era un dulce y rencoroso recordatorio: ¡Vergil no había terminado lo que había empezado con ella, maldita sea la Santa Iglesia!

"Lo siento...", dijo Katharina, haciendo una ligera reverencia... pero el tono de su voz delataba la burla en sus labios. Se giró con una sonrisa que brillaba como una daga envenenada. "Ah, lo olvidaba. Ninguna de las dos ha conseguido vencer a sus respectivas madres, ni a Viviane. ¿Eh? Qué triste."



Clac.

Ada dejó caer el cojín al suelo.

—Te voy a matar —dijo con la calma de quien ya ha decidido cómo, dónde y con qué espada.

Roxanne simplemente lamió su tenedor y rió con sarcasmo. Un pastel podía ser dulce, pero su paciencia era amarga.

Antes de que la tensión se convirtiera en combate, un resplandor carmesí apareció en el centro de la sala. Un círculo mágico se dibujó en el aire, girando como los engranajes de una máquina infernal. Los símbolos arcanos brillaron



escarlata y, con un crujido siseante, el suelo se abrió por una fracción de segundo.

Apareció una mujer.

Llevaba un cuero ajustado que se ceñía a sus curvas con la seguridad de quien conocía el efecto que causaba. Sus botas le llegaban hasta los muslos. Su cabello plateado caía como una cascada metálica hasta la cintura. Sus ojos, de un azul incandescente, recorrieron la habitación como una cuchilla afilada... hasta que se posaron en las tres mujeres.

—Ah... hola, suegra —dijo Katharina con una sonrisa vacilante, como si pisara un cristal fino. Hacía tiempo que las nueras no intercambiaban más que una mirada con Sephirothy. Y cada vez que aparecía... era como si el aire se volviera más denso.

La Primordial cruzó la sala como una emperatriz que conocía a la perfección el peso de su nombre. Vestía cuero negro como una segunda piel, y cada paso era el sonido de la autoridad en tacones altos. Su cabello blanco fluía como plata líquida hasta la cintura, y sus ojos dorados brillaban con la peligrosa calma de quien ya ha matado con una sonrisa.

—Mmm. Hola, chicas —dijo, enderezándose el abrigo con elegancia desenfadada—. ¿Dónde está mi hijo? Tenemos novedades importantes sobre los vampiros, y Kaguya nos ha compartido la ubicación de algunos antiguos lugares frecuentados por vampiros... Creo que empezar a buscar a los seguidores de Alucard sería un buen punto de partida. —Su voz era tranquila, casi maternal. Casi.

Ada y Katharina intercambiaron una mirada cómplice. Una de esas miradas silenciosas que decían: ¿Hablamos o sobrevivimos?





Katharina sorbió por la nariz, intentando sonar natural. "Verás, suegra... Vergil fue a París a.... distraerse un poco. Relajarse, ¿sabes? Nada del otro mundo. Un pequeño e inocente paseo dimensional."

—Fue a encontrarse con Afrodita —interrumpió Roxanne, limpiándose los labios con la punta del dedo, como si no acabara de lanzar una granada verbal al centro de la habitación.

Ada giró el cuello tan rápido que casi provocó un tornado mágico.

Katharina cerró los ojos como si el destino le hubiera dado una bofetada.

Sepphirothy, por otro lado, levantó una ceja como si estuviera decidiendo si explotar o incinerar.

"Roxanne..." Katharina gruñó entre dientes. "Intentábamos no morir."



Roxanne se encogió de hombros, con la mirada tan ardiente y directa como brasas bajo control. «Mentirle a tu suegra es una falta de respeto. Y una cobardía», dijo con calma. «Además... si vas a morir, hazlo con dignidad. Y sinceridad».

Sephirothy permaneció en silencio durante un instante eterno, observando a cada uno de los tres. El silencio era tan denso que el reloj de la habitación se avergonzaba de seguir corriendo.

Finalmente, respiró hondo... y dijo: "Afrodita, ¿eh?"

Se ajustó los puños de la chaqueta de cuero. Una leve sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. «De acuerdo. Es mi hijo, no un impostor. Pero si lo toca



de verdad... bueno, el Olimpo perderá a una Diosa. Así de fácil... o a varios Dioses».

El tono era tan tranquilo como un susurro, pero el peso era el de una sentencia de muerte.

Ada tragó saliva secamente.

Katharina retorció los dedos nerviosamente.

Roxanne simplemente sonrió, satisfecha de haber sido honesta.

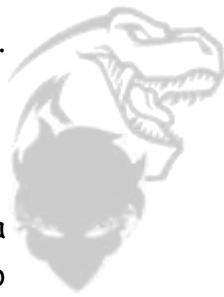
Sephirothy se cruzó de brazos y su mirada dorada se posó en ellos. "Ahora... ¿quién quiere hablarme de eso de 'mierda' que mencionaste antes?"

El silencio se cernía como una espada a punto de caer. Katharina estaba petrificada. Con la boca entreabierta, buscó una excusa que simplemente... no existía. Ni un milagro, ni un portal dimensional cualquiera, la salvaría ahora.

Ella se rió. Esa risita nerviosa de alguien a segundos de ser arrojado al volcán emocional de una suegra demoníaca.

—¡Puedo explicarlo! —dijo, levantando las manos en señal de rendición—. ¡Era solo una... expresión! Una forma de decir que... que él está... bien dotado de responsabilidad y compromiso, ¿sabes? Un hombre con... una energía firme. Como... una roca. Una roca con... presencia. Presencia erguida... quiero decir, ¡fuerte!

Ada se llevó la mano a la frente. Roxanne miró a Katharina con una mezcla de lástima y diversión, como si estuviera viendo una obra tragicómica.





Fue en ese momento que Viviane bajó las escaleras con una cesta de ropa sucia sobre la cadera. Llevaba pantalones cortos deportivos y una camiseta que claramente pertenecía a Vergil; demasiado holgada, marcada con el símbolo de un antiguo clan mágico ahora extinto. Su pelo recogido en un moño despeinado y un par de calcetines con estampado de llamas completaban su look inesperadamente hogareño.

—Hola, chicas. ¿Tenemos una reunión o un linchamiento? —preguntó distraída, sin fijarse en la escena hasta que sus ojos azules se encontraron con los de su «suegra» (aún no sabe si puede llamarla así), Sephirothy.

Viviane se quedó paralizada a medio paso. La cesta se le deslizó un poco por la cintura. Absorbió la tensión del aire como un buen médium absorbe un espíritu: en completo silencio y con un escalofrío inmediato.

"¿Está bien?", le murmuró Viviane a Roxanne, quien estaba guardando en el fregadero los cubiertos del pastel que acababa de comer.

"Quería presumir de haber probado a su marido, y entonces las cosas se complicaron. Bueno, no es para tanto, ¿verdad?", dijo Roxanne, estirándose. "Pero bueno, ¿no deberías estar terminando tu forja?", cuestionó.

Esas dos criadas traviesas están ahora en el mundo humano. Por desgracia, aquí en el Inframundo, los recursos escasean. Necesito algunas cosas. Están comprando. Pero estamos terminando todo. Viviane sonrió.

—Ah, cierto. Mi marido necesita fortalecerse —dijo Roxanne y Viviane asintió.

"Hablando de marido..." murmuró Viviane frunciendo el ceño.





En ese momento, el símbolo de teletransportación se iluminó en el suelo de la sala. Un resplandor rojo sangre se extendió como tinta viviente, y con el característico sonido del desplazamiento dimensional —un ¡ZUMP! amortiguado—, el aire se estremeció... y el suelo se volvió pegajoso.

—Oh, no, eso otra vez no... —Ada ya se estaba encogiendo, presintiendo que no iba a ser un regreso fácil.

Vergil apareció, tan dramático como siempre: abrigo negro suelto, ojos cerrados, aura poderosa y presencia intimidante...

...pero todo el impacto de la entrada quedó arruinado por un detalle.

Una mujer semidesnuda se aferraba a sus piernas, como si el hombre fuera un tronco sagrado del que ella se negaba a soltarse.

"¡Llévame contigo, diablo maravilloso!", gritó con lágrimas en los ojos y abrazándolo fuertemente. "¡Me siento en el cielo cuando me tocas! ¡Moriré si me dejas aquí!"

Vergil se detuvo en medio de la habitación con una expresión serena de puro aburrimiento existencial. "Eso... no es lo que parece."

Todos lo miraron fijamente. Silencio. Mortal. Denso. Destructivo.

Viviane fue la primera en romper el clima: "... ¿quién es esa perra?"

Roxanne la siguió, con los brazos cruzados y una expresión venenosa: "¿Quién es esa perra?"





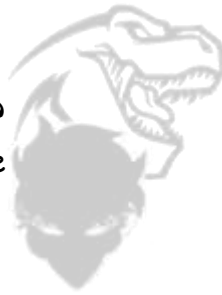
Katharina se levantó del sofá con los ojos muy abiertos: "¿QUIÉN ES ESA PERRA?!"

Ada, más contenida pero con un aura siniestra elevándose a su alrededor: "¿Quién? Es. Esa. Perra?"

Sephirothy se cruzó de brazos, y su presencia oscureció la sala como un eclipse emocional. "También me gustaría saber... quién es esa puta."

La mujer levantó la cara. Sus ojos brillaban. Tenía el cabello despeinado, el escote casi hasta las rodillas, la piel sudorosa y una expresión de éxtasis espiritual. Sonreía como quien finalmente ha alcanzado la iluminación.

"¡Guau!... cuánta divinidad de amor reunida en un solo lugar... ¿Qué es eso? ¿Un baquete?", preguntó, oliendo el aroma del amor. Lo cual, por supuesto, le dio fuerzas...



Luego intentó trepar un poco más por la pierna de Virgilio. "¿Y ese muslo? Es el Monte Olimpo. ¡Quiero vivir aquí!"

"Ella... es Afrodita..." murmuró Vergil al ver cómo las auras asesinas se dirigían hacia él...

Viviane dio un paso al frente, con el cesto de la ropa sucia aún en el brazo. "¿Me das un minuto para tirar esto a la lavadora antes de que despelleje a alguien vivo?"

"No", dijeron Katharina, Ada y Roxanne al unísono.



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

Vergil suspiró como un samurái que supo que había llegado su hora. "¿Podría alguien quitármela de encima antes de que intente matarla y provoque una guerra entre los Demonios y el Panteón Griego?"

Afrodita la agarró con más fuerza. "iiiNo lo voy a soltar!!!"

